

biendo la misma obra, cuyos principios erróneos y peligrosas consecuencias manifestó estensamente. El mismo día en que decretó la Sorbona el examen del *Emilio*, adoptó una censura que se publicó despues. A siete capítulos principales redujo los extravíos del autor; á saber: 1º de Dios y de la ley natural; 2º de la posibilidad y de la necesidad de una revelacion; 3º de los caracteres de la revelacion; 4º de los medios de conocer la revelacion; 5º de los milagros y profecías; 6º de la doctrina revelada; 7º del intolerantismo, tal cual lo profesa la verdadera religion. Sobre estos siete artículos entresacó la Sorbona cincuenta y siete pasages, cuyos errores iba esponiendo con minuciosidad, y concluyó, haciendo algunas observaciones, tanto sobre el sistema de educacion de Rousseau, como sobre el sistema del mismo autor relativo á la soberanía del pueblo. Larga y fundada es la tal censura, y si no ofrece los mismos atractivos del *Emilio*, á lo menos se pueden beber en ella principios mucho mas puros. A mas de que, para refutar á Rousseau, por ventura no se necesitan mas socorros que sus mismos escritos. Su *Emilio*, aun cuando esté sembrado de errores, encierra de cuando en cuando pasages donde la verdad de la idea se asocia á la belleza de la diction. ¿Quién desconoceese pasage en que celebra Juan-Jacobo la doctrina, la vida y la muerte de Jesucristo? Absténemonos de reproducir aquí lo que está fijo en la memoria de todo el mundo literario; sin embargo no podemos

resistir al placer de presentar á los ojos del lector, el siguiente extracto, el cual no va en zaga ni en justicia, ni en brillante. Está sacado de la *profesion de fe del Vicario Saboyardo*. « Hijo mio, haced que vuestra alma esté deseando constantemente que haya un Dios, y no lo pondreis nunca en duda.... Apartaos de aquellos, que, bajo el pretesto de esplicar la naturaleza siembran en los corazones de los hombres, desalentadoras doctrinas, cuyo escepticismo aparente es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus antagonistas. Bajo el altivo pretesto de que ellos son los únicos ilustrados, los verídicos, los hombres de buena fe, nos someten imperiosamente á sus decisiones terminantes, y pretenden hacernos admitir como verdaderos principios de las cosas, los ininteligibles sistemas que se han creado en su imaginacion. A mas de que, derrocando, destruyendo, conculcando todo lo que respeta la generalidad de los hombres, usurpan á los afligidos el último consuelo de su miseria; sueltan á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones los remordimientos del crimen, la esperanza de la virtud.... y todavía hacen gala de ser los bienhechores de la humanidad.» Es de todo punto imposible disparar mas á boca de jarro contra los filósofos de aquel tiempo. No carece de igual verdad y energia lo que sigue. « Uno de los sofismas mas familiares del partido filosófico es oponer un pretendido pueblo de buenos fi-

lósofos, á un pueblo de cristianos malos.... Generalmente hablando el espíritu razonador y filosófico, nos vuelve mas adictos á la vida, y la irreligion afemina y envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyeccion del *yo* humano, y mina sordamente los fundamentos verdaderos de toda sociedad... Poco se le da al pretendido sabio que todo marche, con tal que él permanezca tranquilo en su bufete. Párese la indiferencia filosófica á la tranquilidad del Estado bajo el despotismo; es la tranquilidad de los sepulcros, mucho mas destructiva aun que la misma guerra. De aquí es que el fanatismo, aunque mas funesto en sus efectos inmediatos, que lo que se llama hoy en dia espíritu filosófico, lo es mucho menos en sus consecuencias. Por otra parte, nada mas facil que atestar los libros de buenas máximas; pero la dificultad está en saber si se refieren cabalmente á la doctrina, si se deducen necesariamente de ella, lo que no se ha practicado hasta ahora. Queda por averiguar aun, si, hallándose la filosofía á sus anchuras y en el trono, dirigiria bien la vanagloria, el interés, la ambicion y las pequeñas pasiones del hombre, y si practicaria esa humanidad tan suave, que nos está encareciendo con la pluma en la mano. La filosofía no puede hacer, por medio de principios, ningun bien que no lo haga mejor la religion, y la religion practica muchos que no están al alcance de la filosofía. En este pasage habla el autor del bien que ha repor-

tado el cristianismo al mundo, á los gobiernos, y á la civilizacion, y concluye diciendo: filósofo, tus leyes morales son muy hermosas, mas ¿dime por Dios, donde está su sancion? Todas estas reflexiones son otras tantas respuestas que se da Rousseau á sus propios argumentos, de suerte que ningun otro escritor ha ofrecido á sus contrarios tantas armas para atacarle. Sin embargo, no seremos nosotros los que nos empeñemos en refutar al autor del *Emilio*: bástenos enumerar los diferentes escritores que emprendieron este empeño: el abate Perau, el padre Grifet, el abate Yvon, dom Cajot, Puget de Saint-Pierre, y otros encubiertos debajo del anónimo; pero la fama del coloso llegó á sofocar todas sus críticas. La mas en boga de todas estas fué el *Deismo refutado* de Bergier. El P. Gerdil, que con el tiempo fué cardenal escribió el *anti-Emilio*, asociando á la moderacion la solidez por lo cual acaso es la mas cabal refutacion que haya sufrido Rousseau. Por último, tambien contó el autor del *Emilio* en el número de sus adversarios, á uno de sus antiguos amigos, Jacobo Vernes, ministro protestante, cuyas reconvenções sintió muchísimo aquel.

— El 3 de setiembre, breve de Clemente XIII en favor de los jesuitas. Era imposible que el gefe de la Iglesia se estuviese contemplando con vista indiferente tantos ataques dirigidos contra estos religiosos. Ocupaba á la sazón la silla apostólica un Papa á quien han hecho estremadamente reco-

mendable su grande piedad y amor al bien. Consideraba Clemente XIII la sociedad de los jesuitas como una orden religiosa de las mas útiles, y estaba persuadido que su ruina no dejaria de ser muy perjudicial á la religion, cuando precisamente tendian á este objeto las solicitudes y ardor de sus contrarios. Y como no dejase de ver en la conducta de estos todos los caracteres de la pasion, de la venganza y del odio, redujo todos sus conatos á impedir que saliesen con bien de sus empeños; para lo cual lo tentó todo, echando mano, ya de representaciones paternales, ya de exhortaciones, ya de razones, y hasta por fin de súplicas. Ya habia escrito con el mismo objeto á Luis XV, á los obispos de Francia, y á la asamblea del clero. En su breve del 3 de setiembre, dirigido á los cardenales franceses, les hace saber que no pudiendo tolerar por mas tiempo una injuria tan desagradable para la Iglesia católica; declaró el mismo dia en un consistorio secreto, y á presencia de los cardenales, por medio de un decreto solemne, vanos y nulos todos los decretos de los parlamentos. No tiene duda que esta sentencia no asustó mucho á los enemigos de la sociedad, puesto que ya estaban acostumbrados á no guardar ningun respeto á todo lo que procedia de la santa Sede, y á no dejarse llevar sino por lo que estaba de acuerdo con sus intereses ó preocupaciones.

—El 18 de noviembre, carta de J. J. Rousseau al arzobispo de París. El ruido que hizo el *Emilio*

obligó á Rousseau á ponerse en fuga; pues el Parlamento habia decretado su prision, la cual le evitaron los avisos de sus amigos y protectores, procurándole los medios de salvarse. Su primer pensamiento fué acogerse á su patria; mas el 18 de junio Ginebra condenó tambien su obra, y proveyó contra su autor. Detúvose con esto por algun tiempo en Yverdun; despues se retiró en Motier-Travers, en el principado de Neuchatel, bajo la proteccion del rey de Prusia. Desde este asilo escribió al arzobispo de París una carta, cuyo título ya picaba la curiosidad, concebido en estos términos: *Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, á Cristobal de Beaumont, arzobispo de París.* Propónese el autor en esta carta justificarse á sí mismo, y defender su obra; pero ya parece que ni él mismo estaba satisfecho de su apología. Hé aquí lo que escribia desde Motier, el 6 de marzo de 1763: *He tenido la imprudencia de leer la carta de oficio que el señor arzobispo de París ha publicado contra mi obra, la debilidad de contestar á ella, y el aturdimiento de mandar sin dilacion esta contestacion á Rey (su impresor). Vuelto á mi juicio, he querido retirarla; pero ya no era tiempo: habiase empezado la impresion, y no hay modo de remediar una torpeza ya hecha. Así que, os dirijo dos ejemplares de este miserable escrito*¹. En una carta del 26 de febrero precedente ya habia dicho que *el escrito era frio*

¹ En la edicion de sus *Obras* ya citada, t. XXXI.

y soso, lo cual sin duda muchos graduarian de blasfemia como lo hubiese puesto cualquiera otra pluma. En otra carta de estos mismos dias, declara que *él ha respetado y querido siempre al arzobispo de París*, al cual, en la misma carta, que le dirigiera desde Motier, llámale *un hombre virtuoso que posee un alma tan noble como su nacimiento, y un ilustre arzobispo*. Por lo demas, defiéndese alguna vez con acrimonia, como por ejemplo, al fin de su carta, donde calumnia las costumbres del clero de París, ó con un orgullo desmedido, como cuando dice: *Si, no me abstengo de afirmarlo: si hubiese en Europa un solo gobierno verdaderamente ilustrado, ya hubiese este tributado honores públicos al autor del Emilio, y le hubiese erigido estatuas*. Con razon se ha levantado el grito contra este orgulloso homenaje que se tributaba á sí mismo el autor; Voltaire, entre otros, no ha dejado de ponérselo en ridículo. Mas la vergüenza de esta conducta recae tanto sobre los contemporáneos de Rousseau, como sobre el mismo Rousseau. Nadie tiene de extraño que se embriagase del incienso que le estaban tributando en todas partes. Habíanlo hecho el ídolo de su siglo; colmábanle de elogios, consultábanle como un oráculo; se disputaban su obra; volaba su nombre de boca en boca, y ¿cómo se quiere que con tanta infatuacion dejase de olvidarse de las reglas de la modestia?

— El 29 de noviembre, condena de Annet en la corte del banco del Rey, en Londres. Pedro Annet

pertenece al reducido número de deistas ingleses que hayan sufrido en este siglo algun castigo por sus escritos irreligiosos. Emprendió responder á la obra que habia publicado el obispo Sherlock en favor de la verdad de la resurreccion de Jesucristo, y dió á luz (porque aun cuando es anónima la obra, se presume que él fué su autor), dió á luz, repito, *La Resurreccion de Jesucristo considerada por un filósofo moral*, título que se habia dado Morgan en 1744, en cuya época hemos visto parecer sucesivamente un sin número de libros contra la revelacion. El ardor y celo de Annet fué igual al que han mostrado constantemente los partidarios de la misma causa. Examina todas las circunstancias de la relacion relativa á la resurreccion del Salvador, tal como se halla en los Evangelistas, y pretende descubrir en ella muchas pruebas de falsedad. Trata á los historiadores sagrados con muchísima licencia, todo lo confunde; modifica el sentido de los pasages; sostiene que hay contradiccion en que un evangelista refiera un mismo hecho con mas ó menos circunstancias que otro, y de esta suerte establece nuevas reglas de crítica, que tienden á derrocar las verdades mas constantes de la historia profana. Tambien parece que pone en duda Annet la verdad de la muerte de Jesucristo; en lo cual se manifiesta mas incrédulo que los mismos judíos y paganos, puesto que estos nunca llegaron á negarla. Por los mismos años que Annet publicó su obra, dió á luz el doctor Samuel Chandler un esce-

lente tratado sobre el mismo objeto. También trabajó un autor anónimo en establecer las pruebas de la resurrección del Salvador, y respondió á las objeciones de Annet hechas contra los milagros en general. Pero nadie refutó á este autor con mejor éxito que Gilberto West, escudero, el cual se dió á conocer en 1747 por sus *Observaciones sobre la historia y las pruebas de la resurrección de Jesucristo*, observaciones que han merecido mucho aplauso. Mencionaremos á la par otro escrito que vió la luz pública el mismo año, siendo su autor también un lego, amigo de Gilberto West, sir Jorge Lyttelton, con el tiempo lord de este nombre, se había inclinado en su juventud á la irreligión; mas, vuelto á los buenos principios por medio de sus conversaciones con West, y estudios mas profundos, publicó un tratado con el título de *Observaciones sobre la conversión y apostolado de san Pablo*. Es su designio manifestar que solo el hecho de la conversión y apostolado de san Pablo es una prueba suficiente de que el cristianismo es una revelación divina; género de prueba que, no ciñéndose sino á un hecho, está al alcance de un mayor número de talentos. Pero volvamos á Pedro Annet, del cual con todo no nos hemos alejado mucho. Parece que las respuestas dadas á su libro no le hicieron impresión, puesto que prosiguió, empleando su pluma en la propagación de la incredulidad. Una de sus obras trae el título de *Free enquirer, ó libro discutidor*; otro el de: *La Resur-*

rección considerada de nuevo, y otro el de: *Los defensores de la Resurrección confundidos en todas sus pretensiones*. El atrevimiento de estos folletos, especialmente del último, escitó la atención del ministerio público. Citáronse algunos pasages, donde la historia sagrada se veía tratada con mucha irreverencia. Presentado el autor en la *corte del banco del Rey*, lo condenaron á un año de cárcel en Newgate, á dos horas á la vergüenza en la picota, á un año luego de encierro en Bridewell, y á una multa de seis sueldos y ocho dineros. Sufrió en efecto la ignominia de la exposición á 13 de diciembre de 1762. Este tratamiento fué á los ojos de sus partidarios una persecución horrible, y Annet gozó de la reputación de mártir. Sería comprar bastante bien un título semejante.

1763.

— El 13 de setiembre, asamblea de los jansenistas en Utrecht. Hacia mucho tiempo que deseaban los apelantes dar realce á su partido por la celebración de un concilio, é imponer con este nombre respetable á los simples y crédulos. Las divisiones que habían sobrevenido entre ellos les parecieron exigir la convocación de los principales de su clero. Uno llamado Leclerc, subdiácono de la diócesis de Ruan, primeramente convulsio-